

Ana Martínez Rus. *Milicianas. Mujeres combatientes republicanas*. Madrid: Catarata, 2018. ISBN: 978-84-9097-441-4. 128 páginas.

Ana Martínez Rus empieza su –valioso– libro poniendo énfasis en los objetivos de su publicación. Como ella misma explica, quiere «rescatar la vida y la trayectoria de las milicianas» analizando «el contexto y las circunstancias que las llevaron a empuñar un arma, así como las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse en las trincheras hasta que fueron expulsadas por presiones de las autoridades militares y políticas a lo largo de 1937». De esta manera, este libro se inscribe en la tradición de los estudios de género, como por ejemplo los de Mary Nash.

Aunque el libro se compone de cuatro capítulos, además de una introducción y un capítulo final de conclusiones, podríamos dividir este libro en tres partes. En la primera parte –que agrupa los tres primeros capítulos–, la autora analiza la posición de la mujer en los ámbitos públicos y privados, bajo la Segunda República y después durante la Guerra Civil y la Posguerra. La segunda parte –que ocupa el capítulo cuarto– se centra en la vida y el compromiso político y militar de diez mujeres republicanas: estos capítulos ofrecen retratos de las milicianas más emblemáticas. La tercera parte está reservada a las conclusiones y a proponer pistas para abrir nuevas líneas de investigación.

Los tres primeros capítulos estudian momentos de la historia reciente de España: la Segunda República y la Guerra Civil. En primer lugar, la profesora de la universidad Complutense de Madrid da cuenta de los progresos sociales y políticos facilitados por el gobierno democrático republicano, gracias a los cuales las mujeres «alcanzaron la plena ciudadanía política y social con el reconocimiento del sufragio y la igualdad jurídica». Además de eso, se establecieron también otros cambios importantes, tales como el Seguro de Maternidad, el divorcio «a petición de cualquiera de los cónyuges», el matrimonio civil, la regularización del aborto, la libertad de conciencia, la secularización del Estado y de la vida cotidiana... tantos cambios impensables durante la Restauración y que iban a ser duramente reprimidos bajo la dictadura de Francisco Franco.

Todos estos progresos favorecieron la aparición de un nuevo ideal femenino: las mujeres *vanguardistas* se emanciparon del modelo tradicional y agobiante del *ángel del hogar*, que convertía a la mujer en madre y esposa sumisa, relegada a la vida privada. Al contrario, la Segunda República permitió una «mayor presencia de mujeres en la vida pública y política». Un ejemplo paradigmático de esta involucración en la vida pública y política es la proliferación de asociaciones feministas, como la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME), la Unión

de Mujeres Españolas (UME) o Mujeres Libres, que cumplieron un papel decisivo durante la Guerra Civil.

De hecho, en el segundo capítulo la autora muestra que, al estallar la Guerra Civil, hubo una mayor politización de las mujeres, que se agruparon para defender los ideales y progresos de la Segunda República. Ana Martínez Rus no solamente estudia la acción política de algunas asociaciones importantes, sino que cita nombres emblemáticos como los de Federica Montseny «primera mujer ministro en España y en Europa occidental», Julia Álvarez Resano «primera gobernadora civil del país en 1937 en Ciudad Real», Matilde Landa que «se enroló en el batallón femenino del Quinto Regimiento», etc. Muchas mujeres tuvieron un papel decisivo en el ámbito político, social y público. Sin embargo, subraya que la mayoría de estas mujeres involucradas en la vida sociopolítica fueron «ignoradas por la sociedad española, debido a la efectiva política de desmemoria del franquismo de estas mujeres pecadoras y rojas, que consiguió borrarlas de la historia»: la represión franquista se desempeñó en destruir cualquier recuerdo del republicanismo, sobre todo si se trataba de una *roja*.

El tercer capítulo se centra en la estética de las milicianas y su compromiso militar. Martínez Rus explica que la figura de la miliciana suscitó un gran impacto en la sociedad patriarcal española. Esta mujer con mono azul, pantalón, gorro cuartelero y pistola al cinto se alejaba de la imagen tradicional del *ángel del hogar* y «representaba un símbolo de liberación y de igualdad»: la miliciana era una combatiente que quería salvar la Segunda República, es decir, el régimen legal, rechazando el golpe de estado y luchando contra los franquistas. Durante los primeros meses de la Guerra Civil, esta figura rupturista fue muy impactante porque no solamente encarnaba un nuevo modelo femenino, sino que «servía también de llamamiento a que los hombres no se quedaran en casa mientras las muchachas empuñaban un fusil».

No obstante, Martínez Rus explica que, a pesar de su enorme resonancia en la vida sociopolítica, hubo pocas milicianas que lucharon en el frente. A lo largo de 1937, se desarrollaron medidas políticas para que las milicianas fueran expulsadas de las trincheras y relegadas a la retaguardia, donde tuvieron que cuidar a los niños y ocupar puestos dejados vacantes por los hombres (en las fábricas, en la industria, etc.). La presencia femenina en las trincheras disminuyó muy rápidamente porque la miliciana sufrió un gran descrédito: pasó de ser una heroína a ser tachada de prostituta. Acusaron a las milicianas de favorecer la transmisión de enfermedades venéreas y ordenaron su salida de los campos de batalla. Sin embargo, la autora demuestra que estas excusas de problemas higiénicos y sanitarios fueron utilizadas

para esconder otros motivos: «las milicianas alteraban de manera radical el tradicional reparto de roles sociosexuales y por eso provocaron la desconfianza y el temor de los políticos y de los militantes de partidos y sindicatos de izquierdas».

Como explica la autora, este hecho llama la atención sobre tres aspectos importantes: 1) la sociedad española seguía siendo patriarcal: el compromiso político y militar de las mujeres fue negado, tanto por franquistas como por republicanos. Esto demuestra que, aunque la Segunda República permitió ciertos progresos sociales y políticos, no se cuestionó de verdad la división de roles por motivos de género; 2) se culpabilizó a las mujeres de propagar enfermedades venéreas sin discutirse ni cuestionarse el comportamiento masculino; 3) el descrédito de las milicianas tuvo lugar primero dentro del campo republicano, si bien fue utilizado después por los franquistas, que llevaron este descrédito a su clímax; asistimos a una verdadera demonización de la miliciana, sobre todo durante la represión franquista de la posguerra. Como explica pertinentemente la profesora, «la miliciana ejemplificaba la degeneración absoluta, era la encarnación de todos los males y vicios, reunía todo tipo de tópicos misóginos. Representaba a la mujer colérica, lasciva, cruel, a la arpía, fruto de la infección ideológica marxista y de la depravación sexual». Bajo la dictadura de Franco, las milicianas sufrieron una represión terrible, tanto por su compromiso político y militar, como por su emancipación social: aparecieron como dobles víctimas de la represión política y sexual franquista.

Además de estas informaciones, Ana Martínez Rus reproduce algunos testimonios de combatientes femeninas para analizar el trato que recibieron las mujeres en las trincheras: algunas tuvieron experiencias negativas, mientras que otras recordaban el compañerismo y la solidaridad de los varones. Lo cierto es que todas intentaron mostrarse iguales a los hombres, escondiendo su feminidad, tuvieron que encontrar soluciones para arreglar los problemas debidos a la menstruación, por ejemplo, o reivindicando tareas diferentes de la limpieza de ropa.

En el cuarto capítulo, la autora estudia la experiencia de las milicianas más importantes en las trincheras. No solamente da datos clave sobre el compromiso militar de tales muchachas, sino que da también información sobre su vida personal, así como sobre la represión que padecieron bajo la dictadura franquista. Las primeras páginas de este capítulo son muy interesantes para quien quiera conocer a mujeres jóvenes, o incluso algunas más mayores, que lucharon para intentar defender la Segunda República. Tal fue, por ejemplo, el caso de Lina Odena, que se convirtió en un mito por su militancia activa y su coraje frente a la muerte; decidió suicidarse antes de ser presa de los franquistas.

Tras una breve presentación de numerosas mujeres de todos los orígenes, Ana Martínez Rus recuerda con más detalle la vida y la lucha de diez milicianas, elegidas por su compromiso y por el impacto que tuvieron en la sociedad española de los años 30: se trata de María Pérez Lacruz, Rosario Sánchez Mora, Micaela Feldman de Etchebéhère, Fidela Fernández de Velasco Pérez, Julia Manzanal Pérez, Casilda Hernández Vargas, Enriqueta Otero Blanco, Amparo Poch y Gascón, Aurora Arnáiz Amigo y Anita Carrillo Domínguez. Todas estas milicianas lucharon no solamente para defender la democracia republicana, sino también para defender los derechos que como mujeres habían conquistado, siendo conscientes de que, con la derrota republicana, tenían demasiado que perder: derechos políticos y sociales, independencia, etc. Compromiso político, militancia, represión, humillación, tortura, cárcel, campos de trabajo, robos de bebés, exilio o muerte... el camino de estas mujeres combatientes republicanas simboliza el destino funesto de miles de *rojas* bajo la dictadura franquista.

En el último capítulo, titulado «Milicianas. Mujeres de su tiempo», Ana Martínez Rus recuerda los puntos más importantes que ha desarrollado a lo largo del libro. Muestra que la figura rupturista de la miliciana acarrió críticas por parte de los mandos políticos, tanto franquistas como republicanos. Esto explica que la presencia femenina en las trincheras disminuyera a partir de 1937, cuando las milicias fueron de nuevo desplazadas a la retaguardia. La profesora pone énfasis en que la equiparación de la miliciana con una prostituta fue una excusa para alejar a las mujeres del frente de batalla: «aunque se apeló a argumentos morales e higiénico-sanitarios, la desmovilización de las mujeres escondía causas económicas y pragmáticas». Como señala pertinentemente la autora: «Esto revela que en la España de los años treinta existía un trasfondo cultural patriarcal compartido respecto al papel de la mujer, más allá de las diferencias ideológicas entre las izquierdas y las derechas». Sin embargo, es importante recordar que las milicianas jugaron un papel decisivo durante los primeros meses de guerra: no solamente fueron «auténticas vanguardistas y transgresoras sociales», sino que también fueron unas aliadas valientes dispuestas a dar su vida para salvar la Segunda República.

Más allá de su contenido, quisiera subrayar que la organización y la claridad son seguramente algunos de numerosos puntos fuertes de *Milicianas. Mujeres combatientes republicanas*. Ana Martínez Rus demuestra una gran habilidad a la hora de redactar: los capítulos están organizados y ligados entre ellos, lo que facilita la lectura y la comprensión. De hecho, los capítulos empiezan con un breve resumen de lo que ha sido explicado anteriormente. El retrato de las diez

milicianas sigue el mismo rigor: en cada caso, la autora da información sobre su militancia y compromiso político, y termina hablando de la represión sufrida y de su vida en la posguerra.

Otro elemento importante de este libro es que la autora reconoce las dificultades a la hora de estudiar el papel jugado por las milicianas. De hecho, explica que «debido a la peculiaridad y la brevedad de la presencia femenina en los frentes es difícil rastrear la trayectoria de las milicianas». Muestra enseguida la importancia de los actuales trabajos y estudios sobre la represión franquista, gracias a los que podemos tener acceso a la historia de miles de mujeres anónimas. Ana Martínez Rus admite también que es difícil distinguir a las mujeres combatientes de las mujeres en la retaguardia, por ejemplo. Muestra que «el término *miliciana* se aplicaba despectivamente a todas aquellas que estuvieron comprometidas con la causa republicana, independientemente de si habían empuñado un arma o no». De esta manera, recuerda que la palabra *miliciana* debe ser empleada con prudencia y reflexión.

Un tercer punto valioso del libro tiene que ver con las últimas frases del libro. En esta parte, la autora explica que «queda mucho por investigar y desbrozar en este tema» y da ideas para seguir la investigación: ampliar el corpus de retratos de milicianas, estudiar «las opiniones de los dirigentes políticos y militares sobre el fenómeno específico de las milicianas y su presunta eficiencia bélica», etc. De esta forma, este libro se presenta como el principio de una investigación mucho más extendida y ofrece al lector pistas para entretener su curiosidad y estimular su deseo de aprender o investigar sobre este tema.

En definitiva, este estudio es precioso para quien se interese por la Historia reciente de España. Ana Martínez Rus no solamente da información sobre el papel decisivo desempeñado por las republicanas militantes, sino que da también a conocer a personas importantes, pero muy a menudo silenciadas y olvidadas a causa de la represión franquista. De esta manera, *Milicianas. Mujeres combatientes republicanas* se inscribe en el movimiento actual de recuperación de la memoria histórica, dando voz a las oprimidas del pasado y luchando para que su historia salga a la luz.